
El ensayo centroamericano como posibilidad: Horacio Castellanos Moya, Miguel Huevo Mixco y Rafael Lara Martínez

The Central American Essay as Possibility: Horacio Castellanos Moya,
Miguel Huevo Mixco, and Rafael Lara Martínez

EDUARDO EGUIARTE RUELAS

Universidad de Deusto, Bilbao, España
Universidad Jaguelónica, Cracovia, Polonia
eduardo.eguiarte@gmail.com

Resumen: El artículo examina las transformaciones del campo literario centroamericano de la posguerra a partir de tres libros de ensayos publicados en El Salvador: *Recuento de incertidumbres. Cultura y transición en El Salvador* (1993) de Horacio Castellanos Moya, *La casa en llamas. La cultura salvadoreña a finales del siglo XX* (1996) de Miguel Huevo Mixco y *La tormenta entre las manos. Ensayos sobre literatura salvadoreña* (1999) de Rafael Lara Martínez. Se discutirá que son relevantes para el campo literario-intelectual porque dan cuenta de las transformaciones de los imaginarios, del universo simbólico y del sistema epistemológico que componen el espacio cultural de los sujetos centroamericanos de esa época. Asimismo, dan cuenta de la reconfiguración de los roles de los intelectuales y la literatura en las sociedades de la posguerra: en ellos se rompe con la concepción de que la literatura y el escritor-intelectual debían ser comprometidos o revolucionarios; por otro lado, proponen que para los escritores y la literatura se deben abrir nuevos horizontes para explorar desde la ficción, y que la crítica constructiva en el nuevo contexto político y social es una vía por andar.

Palabras clave: ensayo, posguerra, El Salvador, Centroamérica, campo intelectual-literario

Abstract: This paper explores the transformations in the post-war Central American literary field based on three books of essays published in El Salvador: *Recuento de incertidumbres. Cultura y transición en El Salvador* (1993) by Horacio Castellanos Moya, *La casa en llamas. La cultura salvadoreña a finales del siglo XX* (1996) by Miguel Huevo Mixco, and *La tormenta entre las manos. Ensayos sobre literatura salvadoreña* (1999) by Rafael Lara Martínez. These essays are of particular relevance to the literary-intellectual field because they account for the transformations of the Central American subjects' imaginaries, symbolic universes and epistemological systems. Furthermore, they give an account of the reconfiguration of the roles of intellectuals and literature in post-war Central American societies. They challenge the conception that literature and the writer-intellectual should be engaged or revolutionary, while also proposing that new horizons should be opened for writers and literature to explore, and that intellectuals should dedicate themselves to constructive criticism in the new political and social context.

Keywords: Essay, Post-war Period, El Salvador, Central America, Literary-intellectual Field

Recibido: noviembre de 2020; **aceptado:** agosto de 2021.

Cómo citar: Eguiarte Ruelas, Eduardo. "El ensayo centroamericano como posibilidad: Horacio Castellanos Moya, Miguel Huevo Mixco y Rafael Lara Martínez". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 41 (2020): 131-146. Web.

Introducción

En el primer capítulo de *Taking Their Word*, Arturo Arias plantea que durante la década de 1990, con el fin de los treinta años del periodo guerrillero y de los sueños utópicos revolucionarios, se transformó el universo simbólico de la mayoría de los sujetos centroamericanos. Los espacios imaginarios y el horizonte simbólico que componen el espacio cultural cambiaron (véase 3). En el primer capítulo de *El arte de ficcionar*, Alexandra Ortiz Wallner señala que la posguerra también fue un momento de reconfiguración del espacio cultural en el que “no solamente se empiezan a redefinir los roles de los intelectuales y sus producciones, sino que alrededor de éstas es como se reorganizará el cuestionamiento del sistema epistemológico” (33).

Como gran parte de los estudios críticos sobre el campo literario centroamericano de la posguerra lo señala, este cambio cultural se reflejó en las distintas producciones textuales de la época, desde la literatura ficcional hasta la poesía, el testimonio y el ensayo (véanse entre otros Ortiz Wallner, *El arte de ficcionar*; Mackenbach y Ortiz Wallner “[De]formaciones: violencia y narrativa”; Mackenbach, “Entre política, historia y ficción”; Arias, *Taking Their Word*). Llama la atención, no obstante, la poca atención que estos estudios han puesto en la producción ensayística. La mayoría se centra en las obras ficcionales, y pone especial interés en el proceso de transición que hay entre el canon del testimonio y la aparición de la gran cantidad de novelas que surgieron desde finales de la década de 1980. En general, estos estudios hacen alusión a los ensayos como soporte para la comprensión de tal producción y no como textos que en sí mismos constituyen al nuevo medio literario. De hecho, Mackenbach y Ortiz Wallner ya señalaban en 2006 esta marginalización del ensayo dentro de los estudios literarios centroamericanos (Mackenbach y Ortiz Wallner “El ensayo centroamericano”; véanse también Ortiz Wallner, “Ensayar una historia cultural de Centroamérica”; Mackenbach, “El ensayo en Centroamérica”).¹

La observación anterior es importante cuando se advierte que los ensayos dan cuenta de la conformación de los nuevos imaginarios sociales. Son particularmente relevantes para el campo intelectual porque en ellos no sólo se discuten los procesos sociales, políticos y culturales de la región, sino también se examinan los nuevos roles de los intelectuales, escritores y de la literatura frente a estos nuevos procesos. Más aún, los ensayos proponen reflexiones sobre el nuevo campo literario en construcción, y al mismo tiempo forman parte del mismo; esto es, no son sólo un refuerzo para aproximarse a y comprender la literatura (ficcional) de la posguerra –aunque son indispensables para esto–, sino

¹ Si bien el ensayo ha sido poco estudiado dentro de la tradición historiográfica centroamericana, ha habido investigaciones relevantes para su análisis. No obstante, estos estudios no se han hecho de manera sistemática, y las perspectivas regionales o comparativas han sido escasas (véanse, por ejemplo, el número 6 de la revista *Istmo* “El ensayo en Centroamérica: hacia el rescate de un género marginado”; Carrillo, “Otras palabras de fuego: ensayos centroamericanos 1965-1995”; Miró, *El ensayo en Panamá. Estudio introductorio y antología*; Ovaes y Vargas, *Trinchera de ideas. El ensayo en Costa Rica (1900-1930)*; Rodríguez Cascante, “Memoria histórica e identidad cultural en el ensayo centroamericano: el caso de Guatemala, las líneas de su mano”; Vásquez, “Dicotomías en los ensayos literarios panameños del siglo XX”).

que son parte de la literatura (no-ficcional) misma. Son, en suma, un espacio de proposición y diálogo intelectual fundamental.

Es en esta perspectiva que a continuación estudiaré ciertas transformaciones del campo literario de la posguerra a partir de la producción ensayística basándome en el caso ejemplar de tres libros de ensayos publicados en El Salvador en la década de 1990. Desarrollaré que los intelectuales, escritores y la literatura adquirieron nuevos roles en la sociedad –no determinados, sino en continuo proceso de renovación– y esto se reflejó en los ensayos, donde se discernió sobre este fenómeno. Esta redefinición se dio en diversos sentidos. Por un lado, se realizó a partir de la relectura del campo intelectual-literario que había tenido lugar entre las décadas de 1960 y 1990. En este sentido, la reconfiguración que se dio en este terreno durante la posguerra tuvo lugar a partir de tensiones y contradicciones respecto de lo que significaba ser intelectual y llevar a cabo los ejercicios de reflexión y escritura. Por otro lado, la nueva lectura del campo intelectual-literario tuvo un fuerte elemento prospectivo: tenía que ver con lo que, según se interpretaba, eran las necesidades futuras de la región.

Si bien este es un escenario que se vivió en la región centroamericana, cada país tuvo sus particularidades en función de las transiciones nacionales. Por esta razón, me concentraré en tres libros de ensayos que se publicaron en El Salvador: *Recuento de incertidumbres* (1993) de Horacio Castellanos Moya; *La casa en llamas. La cultura salvadoreña a finales del siglo XX* (1996) de Miguel Huezo Mixco, y *La tormenta entre las manos. Ensayos sobre literatura salvadoreña* (1999) de Rafael Lara Martínez. En todos ellos se plasman reflexiones sobre la nueva función del intelectual-escritor y de la literatura ante el nuevo panorama, en particular en el contexto de El Salvador. Como se verá, estos tres autores y libros comparten no sólo perspectivas sobre los procesos literarios en Centroamérica durante el periodo que les precedió, sino también propuestas para el futuro desarrollo del ámbito intelectual y literario durante la posguerra.

Nociones teóricas sobre el ensayo

El análisis de estos textos requiere de una discusión previa sobre las implicaciones teóricas del ensayo como género literario. Como ha detallado Liliana Weinberg, al estar presente la opinión personal, crítica y transparente, el ensayo se caracteriza por tener un sentido dialógico: ¿quién da su opinión si no es para compartirla y discutirla? Dar un punto de vista implica la necesidad de ser escuchado, la necesidad de “otro”, el reconocimiento de que alguien más está ahí para discutir lo que estoy diciendo. Quien lo escribe tiene la marca de su lugar de enunciación, y desde ese lugar apunta algo que considera relevante para ser dicho. En el ensayo, el conocimiento es un proceso abierto que se construye por medio de la escritura y el diálogo (véase Weinberg, “El lugar del ensayo” 18-24). El ensayo apela a la amistad intelectual, “representa el diálogo entre pares intelectuales, la conversación propia de un espacio de libertad: una forma de intercambio de ideas que se acerca al ejercicio del don [...]” (Weinberg, “El lugar del ensayo” 20). Asimismo, se inserta en tradiciones de pensamiento y en debates en torno a consideraciones éticas y estéticas. Como lo propone Weinberg:

Es también necesario poner el propio ensayo en diálogo y considerar las modalidades de inserción del texto en tradiciones artísticas y de pensamiento, convenciones literarias y tomas de posición ética y estética, o su enlace con estilos, procesos de simbolización y debates intelectuales con los cuales entra en diálogo más o menos explícito. (Weinberg, “El lugar del ensayo” 30)

En el campo intelectual de la posguerra salvadoreña, el papel del ensayo como medio de debate intelectual y de toma de posición es claro. En la posguerra se intenta dar paso a nuevas “tradiciones artísticas y de pensamiento”; quienes en ella escriben, leen la nueva época y sus necesidades y, en función de esta lectura, introducen nuevas consideraciones éticas, estéticas y políticas (véanse Mackenbach, “El ensayo en Centroamérica”; Ortiz Wallner, “Ensayar una historia cultural”). Este es el caso de Miguel Huevo Mixco, Rafael Lara Martínez y Horacio Castellanos Moya. Los tres autores se conocen y se leen; sus ensayos dan cuenta de la búsqueda de nuevos asideros para la reflexión. De hecho, sus ensayos pueden insertarse dentro de fenómenos más amplios de reflexión sobre los roles de los intelectuales y la literatura frente a los procesos sociales de la región. En palabras de Weinberg:

En efecto, el ensayo latinoamericano vive hoy, desde sus marcas formales específicas, fenómenos compartidos con otras manifestaciones literarias, particularmente la novela, a saber: crisis de los viejos modelos que, como fue el caso de los ensayos de interpretación de lo nacional, veían a la literatura como una de las grandes desveladoras de la esencia de la nacionalidad y la identidad regional y a éstas, inversamente, como desveladoras de los caracteres de las obras artísticas y literarias. Se da también en el ensayo actual, junto con lo que sucede en la narrativa, una revalorización de los problemas del lenguaje y la imaginación, una reinterpretación del papel del artista y el intelectual, una incorporación de la crítica, y, finalmente, dos grandes preocupaciones polares: la forma de la moral y la moral de la forma. (Weinberg, “Ensayo e identidad” 23-24)

Los ensayos de Castellanos Moya, Huevo Mixco y Lara Martínez son un ejemplo claro de la situación descrita por Weinberg. Se puede afirmar que sus ensayos se encuentran dentro de la tradición latinoamericana de reflexión intelectual, y que lo hacen dentro del particular contexto de cambios políticos, económicos y sociales que fue la década de 1990. Me interesa destacar lo anterior para mostrar la importancia de poner en diálogo los ensayos de estos tres autores.

Breve recuento del periodo revolucionario

Para entender las lecturas de Castellanos Moya, Lara Martínez y Huevo Mixco sobre el nuevo papel del intelectual-escriptor y de la literatura, es necesario conocer la concepción de éstos en la época anterior, pues es a partir de la re-lectura de ésta que piensan el porvenir del campo literario: ¿Cuál es ese campo con el cual se rompió? ¿Cuál era la función del escritor y de sus producciones en ese mundo? En Centroamérica, entre las décadas de 1960 y 1980 se vivió un panorama intenso. Eran los tiempos de la Guerra Fría, el mundo estaba polarizado y la creencia en la liberación de los países del tercer mundo estaba

a la orden del día. Entre muchos grupos de la intelectualidad centroamericana de izquierdas se había constituido un imaginario teleológico según el cual los movimientos de liberación nacional derrocarían al capitalismo y comenzarían la construcción del sistema socialista. La revolución cubana y su triunfo en 1959 habían sido la prueba de que esto era posible.

Arturo Arias y Werner Mackenbach han desarrollado que tanto la radicalización como la polarización políticas características de Centroamérica influyeron para que los escritores-intelectuales tomaran posiciones prácticas frente a las condiciones de vida de los sectores desfavorecidos: tenían que mostrar su compromiso. Aquellos eran concebidos como los guías morales del pueblo, los portadores de su palabra. De hecho, Arias plantea que la distinción entre escritor y guerrillero se diluyó en la región, donde ambas categorías se unieron y constituyeron a un nuevo sujeto revolucionario: el escritor-guerrillero. En el centro de la discusión estaba la responsabilidad social del escritor en países en condiciones de super-explotación, y la postura general fue la de volverse partícipes de los movimientos revolucionarios (véanse Arias, *La identidad de la palabra* 210-215; Arias, *Gestos ceremoniales* 51-55). Ahí reinó la máxima: “el poeta es una conducta moral, debe escribir como piensa y vivir como escribe, está comprometido con el pueblo, con sus luchas liberadoras, con la revolución” (Arias, *La identidad de la palabra* 213).

En este orden de ideas, Mackenbach plantea que con la radicalización política a partir de finales de la década de 1960 se dio también una politización extrema de la literatura y la cultura como parte de los movimientos de liberación nacional. El escritor-guerrillero tomaba las armas y, al mismo tiempo, utilizaba la literatura como una: “se postuló no solamente al escritor (también) políticamente activo, sino al guerrillero que (también) escribe: la literatura al servicio de la lucha armada” (Mackenbach, “¿De la ira al asco?” 60).² En este contexto, junto con la acción, las narrativas revolucionarias y testimoniales se convirtieron en las producciones por excelencia para mostrar el compromiso con los sectores excluidos y las luchas por la liberación nacional.

Es frente a este campo intelectual que los escritores reflexionan sobre su posición durante la posguerra. Como Ortiz Wallner ha señalado, la posguerra fue un periodo no sólo de cambios políticos y económicos, sino también culturales y literarios. En este periodo, la literatura se convirtió en un medio privilegiado para abordar los cambios culturales de la región (véase Ortiz Wallner, “Narrativas centroamericanas de posguerra”). En el nuevo contexto global, regional y nacional, los intelectuales se replantearon su función y la de su escritura. En este proceso, el ensayo se convirtió en uno de los medios por excelencia para la reflexión y el diálogo intelectual en torno a las nuevas problemáticas. En él, los autores sugerían nuevas lecturas sobre lo que había sucedido con la literatura y

² Claudia Gilman estudia a profundidad los debates y las tensiones en torno a la idea del escritor comprometido en las décadas de 1960 y 1970. Sus estudios sirven para comprender las discusiones de esta temática no sólo en Centroamérica, sino en América Latina en general (véanse Gilman, *Entre la pluma y el fusil*; Gilman, “El intelectual como problema”; Gilman, “La situación del escritor latinoamericano”).

sus productores durante las décadas pasadas, y abrían nuevos caminos para las literaturas venideras. El ensayo, además, da cuenta de una faceta de la posguerra centroamericana que ha sido poco estudiada: en éste, aquélla se constituyó como un momento de transición lleno de posibilidades. La posguerra era un momento que permitía una refundación nacional y literaria.³

Los ensayos de Castellanos Moya, Lara Martínez y Huevo Mixco son ilustrativos para comprender la configuración del nuevo campo intelectual-literario del istmo en general, y de El Salvador en particular. Éstos plantean que los Acuerdos de Paz firmados en enero de 1992 que sellaron el fin de la guerra civil en El Salvador marcaron un hito en la historia reciente del país. Para ellos, los acuerdos marcaron una ruptura no sólo en el orden político, sino también en el cultural. En sus ensayos, cada quien realiza lecturas particulares sobre la manera en que el nuevo campo intelectual-literario se necesita reconfigurar; no obstante, me parece que siguen ciertas tendencias: plantean una ruptura con la literatura y la crítica literaria de las décadas de 1960 y 1990; sugieren que hay que juzgar a la nueva literatura en función de su calidad literaria y no a partir de las ideologías políticas; apuntan que se tiene que juzgar a los escritores por la calidad de sus obras y no por sus compromisos políticos; proponen que el trabajo intelectual de la reflexión es necesario en el nuevo contexto de El Salvador y que se debe dejar de menospreciar en nombre de la acción.

En este sentido, la posguerra se configura como un momento en el que se da un regreso a la literatura; esto es, se propone que la literatura vuelva a ser juzgada por su calidad estética, y no por factores político-ideológicos. Asimismo, la posguerra surge como un momento en el que la dicotomía entre la función del intelectual y la del escritor se vuelve a manifestar: es escritor quien se dedica a escribir literatura –y a éste hay que juzgarlo por la calidad de su creación–, y es intelectual quien se dedica al trabajo de reflexión y de proposición, en particular sobre los nuevos problemas que enfrenta El Salvador. Más aún, la posguerra es, en los ensayos, un momento de reconfiguración y posibilidades.

Ensayo y refundación nacional en Miguel Huevo Mixco

Quisiera poner atención ahora al ensayo *La casa en llamas*, que fue publicado en 1996 a fin de reflexionar sobre la cultura salvadoreña de la posguerra. Es pertinente examinar su lectura sobre la literatura que surgió entre las décadas de 1960 y 1980 porque a partir de ésta Huevo Mixco habla sobre el campo intelectual-literario de la posguerra. Sugiere el concepto de “estética extrema” para caracterizar la literatura a partir de los años sesenta. Sus representantes son los escritores de los grupos de Roque Dalton y Otto René Castillo, “activistas de izquierda o comunistas, cultores de la acción más que de la contemplación” (43), desdeñosos de los “intelectuales de gabinete”. La estética extrema es:

³ Es importante poner atención a esta faceta de la posguerra, pues la mayor parte de los estudios literarios críticos sobre el periodo se ha concentrado en las nociones de violencia y cinismo para comprender esta producción (véanse Ortiz Wallner, *El arte de ficcionar*; Cortez; Mackenbach, “Entre política, historia y ficción”).

el conjunto de tesis, explícitas o no, intuitivas o conceptuales, que sustentaron la creación de un conjunto de obras literarias y de arte que se produjeron en condiciones extremas y propusieron respuestas extremas. Extrema, en el sentido que sus autores vivieron en el ojo de una situación límite: fustigados, en el exilio, en la clandestinidad o en guerra. Extrema, igualmente, porque una ruptura con las precedentes formas poéticas, literarias y lingüísticas. Surge de la experiencias histórica y personal, en definitiva cultural, de los creadores. No surge de una normatividad, sino de una necesidad. Está, en general, invadida por la política, aunque no en todos los casos ello signifique opciones partidarias. (44-45)

En el centro de esta estética se encuentra la noción del “compromiso”, que se refiere a “la necesidad de que el escritor, el artista, ejerza una acción revolucionaria” (46). La obra está en estrecha relación con su utilidad práctica frente a la realidad concreta. Se trata de la expresión de una sensibilidad extendida, que no tuvo un centro. Se trata también de una estética que valía más por su función extraliteraria, revolucionaria, por sus condiciones de producción, que por su contenido formal. Para Huevo Mixco, la estética extrema se prolongó hasta mediados de la década de 1970. Después llegó la guerra acompañada por una poesía de combate, una corriente cuyo propósito era acompañar la contienda armada. Pero, a su parecer, se trató de un momento de escasez en la producción literaria; la guerra consumía todas las energías frente al ejercicio de la escritura (véase 50-51).

Es la posguerra la que vino con una renovación del campo literario en su conjunto. Si, como se ve en la lectura de Huevo Mixco, las décadas anteriores vieron aparecer un campo en el que las nociones de “literatura”, “escritor” e “intelectual” estaban estrechamente ligadas con la política, en la posguerra comenzaron a resignificarse dichas nociones. En el ensayo de Huevo Mixco parece que comienza a formarse una nueva separación entre la función de los intelectuales y los escritores. El autor deja ver que el nuevo contexto salvadoreño requería nuevas perspectivas para pensar el campo intelectual. Para la reconstrucción del país, los intelectuales tenían que dedicarse a la reflexión no sólo sobre lo que pasó durante la guerra, con sus distintos actores, sino también sobre las distintas facetas de la nueva cultura salvadoreña: la violencia urbana, la migración masiva, el papel de los medios de comunicación, la influencia de los Estados Unidos, así como las corrientes estéticas. Esto no podía ser de otra manera: el término de la guerra y la construcción de la paz y de la democracia demandaban nuevas perspectivas de pensamiento. En este sentido, su ensayo comienza así:

Un nuevo país, una nueva cultura... Son frases trilladas, pero no por ello dejan de representar el trazo grueso de una búsqueda en la que debemos afanarnos con un alto sentido crítico. La memoria juega un papel irremplazable. Para el nuevo país y la nueva cultura los salvadoreños, quienes somos fundamentalmente los llamados a construirlos [los intelectuales], debemos hacer un esfuerzo de memoria permanente, recordar de dónde venimos y cómo llegamos hasta aquí. (9)

Para Huevo Mixco, los intelectuales estaban llamados no sólo a reflexionar sobre cómo reconstruir el país y su identidad, sino también a hacerlo a partir del entendimiento del pasado. Ahora bien, aquellos tenían una función pública en su

sociedad. Y es ahí donde se encuentra su separación respecto de los escritores, pues en su ensayo, parece que éstos son, tal cual, quienes escriben literatura. En esta tesitura, dado que hay una distinción entre intelectual y escritor, Huevo Mixco realiza una lectura diferente sobre el nuevo papel de los escritores en el nuevo panorama posbélico. En este sentido, a su parecer, en el campo literario de la década de los noventa reinaba un clima de incertidumbre, en el que los creadores habían quedado marginados. No sólo da la impresión de que había una falta de empuje en la letras –pues no eran funcionales para las demandas del mercado–, sino que el escritor daba señas de encontrarse en un campo desconocido, pues por un lado, se le reprochaba el haberse puesto al servicio de una ideología y por otro, se le pedía expiar aquel error (véase 53). En esta sentido, el autor dice que “el escritor parece encontrarse fuera de lugar. Protestar tampoco resulta de buen gusto. Escribir sobre la guerra lo convierte en un nostálgico de un capítulo que, según algunos, también debiera cerrarse en la literatura” (53).

Sin embargo, la posguerra también abrió nuevas posibilidades para los escritores y la literatura. Si bien, por un lado, los escritores quedaron relegados, por otro lado, también adquirieron nuevas responsabilidades. Un cambio notable es que se les empezó a juzgar por sus creaciones mismas, y ya no por su vida o sus ideas políticas. No obstante, si bien la literatura se alejó de las ideologías políticas, siguió jugando un papel fundamental en la construcción de la memoria. Así, afirma Huevo Mixco:

[L]a misión política de la literatura es la de rechazar cualquier misión política, pero que nadie dude en repetir la historia si su conciencia se lo dicta. Otra: necesitamos despertar de nuevo entre los escritores salvadoreños, tras la pasión por las ideas, los contenidos y mensajes, la pasión por las formas, por la belleza y los misterios del estilo. Y una más: no hay que apresurarse demasiado para obtener resultados satisfactorios. (55)

Dejaré aquí el estudio sobre el ensayo de Huevo Mixco, no sin antes enfatizar dos ideas a las que también llega –aunque por caminos diferentes– Rafael Lara Martínez en *La tormenta entre las manos*. Por un lado, la posguerra fue un momento de separación de funciones entre el campo intelectual y literario: el primero se dedica a la reflexión sobre los problemas sociales y el segundo a la escritura. Por otro lado, en este nuevo campo, la política y la literatura se separaron, y surgió un esfuerzo por que la literatura fuera juzgada en función de su calidad estética y no de su ideología.

Ensayo y autonomía centroamericana en Rafael Lara Martínez

En el libro de Lara Martínez, dichas características adquieren tonalidades diferentes. Sus ensayos dejan ver de manera más perceptible que la defensa de la separación entre política y literatura, y del juicio de ésta última y de quien la escribe por su calidad estética y no por su ideología, vino acompañada de fuertes tensiones con la forma en que se había consolidado el campo intelectual-literario anterior. La ruptura entre estos dos campos implicó férreos debates, pues tenía que ver con la representación misma de Centroamérica frente al mundo.

En este tenor, el ensayista salvadoreño reflexiona a partir no de lo que pasó en el terreno de las letras y de la poesía, sino de los estudios críticos y en particular, de la dicotomía entre la canonización del testimonio –llevada a cabo desde la academia estadounidense– y la aparición de obras de ficción (sobre la canonización del testimonio véase Mackenbach, “El testimonio centroamericano”).

Lara Martínez es particularmente crítico con los estudios surgidos en la década de 1990 en la academia norteamericana porque, a su parecer, realizan una lectura colonizadora de los textos centroamericanos. El autor observa que dichos estudios continuaron leyendo la narrativa del istmo bajo la luz de lo que había pasado durante la guerra. Seguían pensando en el testimonio como el modo discursivo por excelencia para representar, desde los Estados Unidos, a las sociedades de la región; más aún, seguían percibiendo al testimonio como un modo de “literatura comprometida” con los sectores subalternos, y a la literatura como una forma de “arte burgués” egoísta e individualista. Esto, señala el autor, implicó una visión normativa, más que descriptiva y explicativa, del fenómeno literario:

“Las realidades representadas de sus propias colonias”, eso es lo que llamo canonización del testimonio. O para ponerlo en términos marxistas clásicos, el testimonio canonizado es la novela de protesta que se ha despojado de su valor de uso político en Centroamérica. Ahora ya sólo posee un abstracto valor de cambio, ya no en Centroamérica por supuesto, sino dentro de la política interna de la academia norteamericana. (Lara Martínez 12)

Para Lara Martínez, el problema con el canon del testimonio en los noventa es que no se corresponde con lo que sucedió en la literatura salvadoreña tras los Acuerdos de Paz de 1992, que no sólo marcaron un cesura en la política del país: “‘algo [...] también’ debe ocurrir en la poética, en el testimonio, y en la crítica literaria, en el instante en que la revolución se vuelve imposible” (13). El autor observa que en el momento en que la historia de la región dejó de tener un sentido teleológico, se perdió el destino finalista que iba más allá del presente. Y esto tuvo consecuencias en la literatura salvadoreña, consecuencias que la nostalgia revolucionaria norteamericana no tomó en cuenta (véase Lara Martínez 13). Más aún, al no considerar la producción literaria, más allá del testimonio, y al normativizar este último, lo que hizo la academia norteamericana fue (intentar) imponer lo que se debía hacer en el istmo; y al hacer esto, negó la capacidad y el derecho al *arte de ficcionar* en Centroamérica para citar las palabras de Castellanos Moya en *Recuento de incertidumbres* y que Ortiz Wallner recupera en su libro.

Así, en los ensayos de Lara Martínez se comprende que las tensiones que surgieron en la configuración del campo literario de la posguerra, en el que se buscó la escritura de una literatura que valiera por su belleza, tenía que ver con la defensa del arte de crear ficciones en el mundo de las letras centroamericanas. Pero el ensayista salvadoreño muestra que, en efecto, el campo literario de la posguerra vino acompañado de obras ficcionales que no se correspondían con lo que el canon del testimonio y de la poesía de protesta marcaban. A su parecer, la aparición, en 1996, de seis novelas sin relación inmediata con lo político

hizo visible lo anterior.⁴ Más aún, tales novelas muestran un cambio en el balance entre poesía y prosa narrativa, pues lo mejor comenzó a orientarse hacia la narrativa; la novela inauguró un espacio crítico inexplorado por la academia norteamericana (véase Lara Martínez 294-295). Aunado a esto, la novela se constituyó como un objeto literario autónomo respecto de cualquier fin pedagógico e ideológico: “La novela es un hecho de escritura y, en consecuencia, ha renunciado al realismo social que caracterizaba el testimonio” (295). Así, precisa Lara Martínez, las novelas invalidan la representación que la metrópolis generó sobre el campo artístico de El Salvador y evidencian que la posguerra se trata de una reconversión de la esfera cultural (véase 296).

Ahora bien, Lara Martínez profundiza en su discusión sobre el canon del testimonio y la literatura salvadoreña al comparar dos libros, *Claribel Alegria and Central American Literature*, publicado en 1994 por Ohio University Press, y *La diáspora* (1988), de Horacio Castellanos Moya. En este ensayo, además, el autor deja ver lo que para él es el nuevo papel de los intelectuales y escritores. Sobre el primer libro, baste decir que se encuentra dentro de lo que para Lara es el canon del testimonio y la mitificación de la izquierda guerrillera de las décadas anteriores. Su análisis sobre el libro de Castellanos Moya, en cambio, es interesante para observar sus ideas sobre la nueva configuración del campo intelectual-literario (véase Lara Martínez 152-153). Aquí, ya no sólo se trata de la discusión con la academia norteamericana sobre la ficción en Centroamérica; se trata también del debate con la izquierda salvadoreña misma respecto de su capacidad de auto-crítica.

Lara Martínez defiende que el intelectual-escritor se aleje de las concepciones dogmáticas de la política, tanto de izquierda como de derecha. De hecho, observa que la literatura de la posguerra, e incluso aquella que comenzó a escribirse a finales de los ochenta, marcó una separación respecto de tales ideas. En esta perspectiva, señala que *La diáspora* estableció un punto de quiebre y que Castellanos Moya se convirtió en uno de los escritores clave en la defensa de la literatura por su valor estético, así como en una de las figuras que cobijó con mayor destreza la idea de que el intelectual-escritor sea crítico y creador más allá de los dogmas político-partidarios.

El autor de *La tormenta entre las manos* vislumbra que en *La diáspora*, Moya ofrece una visión renovada en torno a “la desintegración de la izquierda salvadoreña”. Castellanos Moya sostiene sin concesiones que la labor del escritor es “escribir buena literatura” y la del intelectual es ser crítico de su sociedad; y en este sentido, apunta que para esto no deben caer en dogmatismos. Así, en su novela, Moya es crítico respecto de la anulación del individuo por parte de la jerarquía político-militar de izquierda. Para Lara Martínez, en la publicación de 1988 se pone en tela de juicio la sumisión a la disidencia guerrillera: “La novela de Moya es una denuncia del llamado totalitario de una organización, la cual obliga a sus participantes a la renuncia, al sacrificio y a la exclusión de

⁴ Las novelas que menciona son *Baile con serpientes* de Horacio Castellanos Moya, *Libro de los desvaríos* de Carlos Castro, *Lujuria tropical* de Alfonso Kijadurias, *Tierra* de Ricardo Lindo, *Bajo el cielo del istmo* de Armando Molina y *Amor de jade* de Walter Raudales.

todo placer individual” (154). De esta manera, al insistir en que la izquierda guerrillera debía superar su verticalismo autoritario, también vaticina el fracaso de su organización: “Moya anticipó la encrucijada y la desbandada actual de la izquierda salvadoreña, así como propuso la única alternativa viable en la actualidad. Se trata de fundar un debate y una polémica, por encima de la sumisión y de la obediencia a la jerarquía militar” (158). Más aún:

En Moya [...] el objetivo no se centra en “una vocación normativa” que culmine en el aniquilamiento e inmoción de la individualidad del héroe, en vías de una causa o institución considerada justa. Si “sentido del final” existe, éste se define por su irrelevancia, su carácter secundario. Lo que cuenta es el proceso abierto de la narración misma. (Lara Martínez 163)

Finalmente, a partir de la lectura de Moya –y de su discusión con la academia norteamericana y con la izquierda guerrillera–, Lara Martínez concluye con tres comentarios sobre el campo intelectual-literario salvadoreño de la posguerra:

El compromiso social del escritor salvadoreño contemporáneo pasa a través de dos dilemas de orden político y otro de orden literario, a saber: la cuestión del autoritarismo, el desarrollo de una cultura (pos)moderna laica y, por último, la continuidad o formato de modelos literarios. (159)

Respecto del primer punto, Lara propone romper con la tradición de autoritarismo presente tanto en la izquierda como en la derecha; desde su perspectiva, se tiene que garantizar la libre expresión individual, pues la autonomía de pensamiento y el ejercicio de la crítica son necesarios para la nueva vida democrática. En segundo lugar, sugiere que el compromiso radica en formar un pensamiento crítico laico, más allá de los dogmatismos políticos. Finalmente, anota que el campo literario que empezó a forjarse con la descomposición de la izquierda se define por su obsesión con el legado de Roque Dalton; esto significa mantener una posición crítica frente a la ortodoxia guerrillera tanto como frente a la derecha neoliberal (véase 159-162).

Ensayo y derecho a ficcionar en Horacio Castellanos Moya

Castellanos Moya es quizá quien desde la literatura misma sobresale en la defensa del arte de ficcionar y la independencia de juicio en Centroamérica. Los ensayos que componen su libro dan cuenta de las tensiones que se generaron en dicho campo en relación con la manera en que este se había planteado en las décadas anteriores. En concordancia con Huezco Mixco y Lara Martínez, Castellanos Moya sostiene que la intelectualidad salvadoreña necesitaba renovarse en el contexto de la transición hacia la democracia. En este sentido, plantea que ésta tenía que asumir tres características fundamentales.

En primer lugar, debía tener *independencia de criterio*. Desde su perspectiva, una función primordial del intelectual es la crítica del poder, la capacidad de juicio más allá de los intereses políticos. Castellanos Moya entiende que la guerra civil, en la que se confrontaron dos poderes, marcó un periodo en el que

el ejercicio de tal función no se dio, pues no había ni espacios ni ánimos para hacerlo. Pero la transición marcó una ruptura, y la construcción de un sistema democrático requería de intelectuales críticos del poder. En este sentido, Moya define la crítica “como el ejercicio libre y sistemático de la razón” (58). Esto implicaba alejarse de los compromisos partidarios, que, a su parecer, reducían las posibilidades de ejercer la independencia de criterio y de pensamiento (véase 57-58). Sin embargo, esto no implicaba alejarse del terreno político:

Para el crecimiento de las instituciones políticas, para el logro de su madurez democrática, resultaría beneficiosa la presencia de intelectuales que, desde su toma de posición y sus compromisos militantes, se esfuercen por impulsar una labor crítica, por defender sus espacios de pensamiento, por romper los mecanismos de sometimiento mental a las dirigencias, en fin, por defender el derecho a la disensión. (59)

Puede verse que Moya pone en juego la sumisión del pensamiento frente a las lógicas jerárquicas de las dirigencias partidarias. Pero, al mismo tiempo, sostiene que los intelectuales no debían alejarse del terreno político. Y ésta es la segunda característica que debería distinguir a la intelectualidad salvadoreña durante la posguerra: el *espíritu propositivo*. Si bien la independencia de criterio es fundamental, dice Moya, sería un error que un país que sale de una guerra civil y que se tiene que reconstruir en todos los órdenes, la función del intelectual se limitara a eso. Su responsabilidad concreta es contribuir a “refundar la nación”, “repensar el país”, “rediseñarlo”, pues si se deja esta tarea a los políticos, se corre el peligro de que privilegien sus intereses partidarios (Castellanos Moya 59-60). Más aún, escribe el ensayista, “sólo a partir de un nuevo conocimiento de realidad que rebese, complemente, cuestione, la propositividad del poder (en sus diversas expresiones institucionales y organizativas), la intelectualidad puede aportar a la refundación nacional; lo otro sería seguir concibiéndose como eco corifeo” (60).

La tercera característica que Castellanos Moya propone es la *transparencia*. Él ve que durante la guerra civil se produjeron patrones de conducta particulares dentro de los diversos actores sociales, incluida la intelectualidad. Éstos estuvieron asociados al ocultamiento de “lo que se piensa –mediante acciones como la actitud conspirativa, el clandestinaje, la doble vida, entre otras– para protegerse” (Castellanos Moya 61-62). Pero la transición y la construcción de la democracia requieren de actitudes honestas de los intelectuales: “sólo a través de la transparencia se puede propiciar la creación de la atmósfera necesaria para el destape de las energías sociales que enriquecerían una refundación de país” (62).

Los tres rasgos que el autor de *Recuento de incertidumbres* sugiere para la intelectualidad salvadoreña también ponen en tensión la manera en que el campo intelectual se había constituido. Ya no son los tiempos en que la reflexión quedaba subordinada frente a la acción, el intelectual frente al guerrillero, y el pensamiento frente a los intereses partidarios. Y en este nuevo contexto, Castellanos Moya sostiene que la renovación de la intelectualidad tiene que ser en la dirección del pensamiento y la crítica. Las tensiones que este cambio representa

son más evidentes en su discusión con el prólogo de René Cruz (Joaquín Villalobos) al libro *Las cárceles clandestinas* (UCA Editores, San Salvador, 1992), del cual Moya cita la siguiente parte:

El presente libro es un documento de inapreciable valor para la lucha revolucionaria y contiene experiencias de todos los aspectos de la lucha: la tortura, el funcionamiento de los cuerpos represivos, las contradicciones interburguesas, la lucha armada, la cárcel, etc. Transmitir esto y denunciar a la dictadura son sus objetivos fundamentales. Asimismo, es un esfuerzo inicial para que **la historia de nuestra revolución se escriba desde las trincheras mismas del combate y no desde el cómodo escritorio de los inconsecuentes**; en este sentido, no vamos a encontrar en el texto pretensiones literarias ni estilos rebuscados. Ya es tiempo para que los revolucionarios transmitan su experiencia hacia nuestros pueblos con su lenguaje, con la sencillez que el pueblo la entiende y la ha vivido desde una posición consecuente. Hay mucha experiencia concreta que se ha perdido al no ser procesada y transmitida por los militantes y **otra buena parte ha sido deformada en su esencia, al ser elaborada por los intermediarios intelectuales izquierdizantes, que la ajustan no a las necesidades de la revolución, sino a las de la ficción y la teorización pequeño-burguesa de la revolución.** (63-64, las negritas son de Castellanos Moya)

Moya critica el prólogo por darle continuidad a la preeminencia de la acción y desprestigiar la reflexión y el cultivo del pensamiento. Se trata de un texto que unos años atrás era comprensible, pero que en los tiempos de la transición salvadoreña resultaba anacrónico y perjudicial para la construcción de la democracia; se trata de un texto que utiliza una retórica antimperialista que, para Moya, pertenece al pasado. El problema de esta visión es “creer que los únicos que pueden escribir la historia desde un ‘cómodo escritorio’ [...] sean aquellos que estuvieron en ‘las trincheras mismas del combate’” (66), como si la participación en la contienda fuera el único criterio de legitimación de la verdad. En cambio, Moya apunta que lo que necesita El Salvador es “un mayúsculo esfuerzo para su recomposición moral e intelectual” (66), por lo que la continuidad de una actitud de desprecio hacia el ejercicio intelectual “sería suicida para la izquierda nacional” (66).

Ahora bien, Castellanos Moya no sólo habla sobre la reconfiguración de la intelectualidad salvadoreña, sino también sobre la necesidad de pensar la ficción desde perspectivas nuevas. Él defiende el derecho a la creación en el nuevo contexto, y lo hace, justamente, sin imponer una visión sobre lo que debe ser la literatura. De hecho, plantea que se debe evitar la tendencia a buscar definiciones del arte, pues ésta, en general, está vinculada a “dictar reglas”, propio de mentalidades “mesiánicas o policíacas, herencia del peor totalitarismo de izquierda y de derecha” (72). Si la posguerra vino acompañada por un momento histórico global que significó la pérdida de certezas históricas, y que por lo tanto estuvo plagado de incertidumbres, advierte Moya, los escritores se deben alejar de lecturas dogmáticas de la historia y deben evitar imponer visiones sobre lo que se debe escribir:

La buena literatura, aquella que se abre paso a través de los tiempos, no requiere para su existencia ni de una guerra ni de una post-guerra; la buena literatura se impone a

pesar de éstas. Los escritores que escriban esta literatura lo harán desde la miseria y el esplendor humano que genera la guerra; o desde la cautelosa esperanza de la transición que llamamos post-guerra. (73-74)

Pero para Castellanos Moya esto no significa que la literatura no contribuya a la necesidad de El Salvador de “encontrar nuevos asideros frente al hecho descarnado de que la historia es impredecible y el futuro está contenido en este mismo instante” (73). Para él, el hecho de que el fin de la guerra y el inicio de un nuevo orden internacional hayan coincidido, puede considerarse una gran coincidencia, pues ubica a los escritores en “el terreno de las preocupaciones y desafíos que conlleva el cambio de milenio” (73). No se trata de intentar encontrar nuevas certezas históricas. Si bien es cierto que la transición es un momento de incertidumbres, hay que vivir ese “momento de sosiego y creación” con la esperanza de que se escribirán nuevas obras que aún son un misterio. En este sentido, lo que sí urgía en El Salvador en dicho momento de sosiego y creación era construir los mecanismos necesarios para que la literatura cumpliera su función de llegar al público. La posguerra puede, así, significar un “renacimiento de la cultura, un periodo de amplia difusión del arte y literatura” (75).

Conclusión

No quisiera terminar este artículo sin acentuar las relaciones entre las ideas de Miguel Huezco Mixco, Rafael Lara Martínez y Horacio Castellanos Moya sobre el campo intelectual-literario de la posguerra. Los ensayos proponen, desde la escritura misma, nuevas lecturas sobre la sociedad del istmo; al hacer esto, proponen también nuevas lecturas sobre los roles intelectuales y literarios. El ensayo se convirtió, así, en un espacio de reinterpretación y proyección respecto del nuevo campo literario; en éste, la posguerra en un momento de posibilidad.

Los ensayos de Castellanos Moya, Huezco Mixco y Lara Martínez –inmersos en el nuevo contexto nacional, regional y global de la década de 1990– pusieron en cuestión la noción de revolución en la literatura, así como la idea de que en América Central sólo se producía poesía revolucionaria y testimonios. Defendieron que los escritores centroamericanos también podían crear ficciones y experimentar con ellas, así como que la literatura no fuera juzgada por factores ideológicos y extraliterarios, sino por su valor estético. En este mismo sentido, pusieron sobre la mesa que al escritor hay que juzgarlo por su obra y no por su partido. Plantearon que el intelectual sea crítico del poder e independiente en su juicio, y no que se apegue a las doctrinas partidarias, que obnubilan su criterio. En el nuevo contexto, a su parecer, se necesitaba superar el discurso revolucionario de las décadas anteriores; lo que se requería era gente que propusiera en función del contexto de la transición a la paz y la democracia.

Finalmente, para concluir con Castellanos Moya, podían asignarse dos retos importantes a la literatura de la posguerra. El primero era “inventar el rostro del ‘otro’ salvadoreño”, más allá del soldado o el guerrillero, “ese ser envuelto en las pasiones y esperanzas que moldean al ser humano desde siempre” (75). Y el otro reto era contribuir a “preservar la memoria”, que la nación no olvidara

lo que la llevó a la conflagración. En fin, la literatura de la posguerra debería “registrar las búsquedas y aventuras del espíritu humano” (75).

Obras citadas

- Arias, Arturo. *Gestos ceremoniales. Narrativa centroamericana 1960-1990*. Guatemala: Artemis-Edinter, 1998. Impreso.
- Arias, Arturo. *La identidad de la palabra. Narrativa guatemalteca a la luz del siglo XX*. Guatemala: Artemis-Edinter, 1998. Impreso.
- Arias, Arturo. *Taking Their Word. Literature and the Signs of Central America*. Minnesota: University of Minnesota Press, 2007. Impreso.
- Carrillo, Ana Lorena. “Otras palabras de fuego: ensayos centroamericanos 1965-1995”. *Literatura y compromiso político. Prácticas político-culturales y estéticas de la revolución. Hacia una historia de las literaturas centroamericanas – IV*. Eds. Héctor M. Leyva, Werner Mackenbach y Claudia Ferman. Guatemala: F&G Editores, 2018. 99-142. Impreso.
- Castellanos Moya, Horacio. *Recuento de incertidumbres. Cultura y transición en El Salvador*. San Salvador: Ediciones Tendencias, 1993. Impreso.
- Cortez, Beatriz. *Estética del cinismo. Pasión y desencanto en la literatura centroamericana de posguerra*. Guatemala: F&G Editores, 2010. Impreso.
- “El ensayo en Centroamérica: hacia el rescate de un género marginado”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 12 (2006): s.p. Web.
- Gilman, Claudia. “La situación del escritor latinoamericano: la voluntad de politización”. *Cultura y política en los años '60*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani/Facultad de Ciencias Sociales/Universidad de Buenos Aires, 1997. 171-186. Impreso.
- Gilman, Claudia. “El intelectual como problema. La eclosión del antiintelectualismo latinoamericano de los sesenta y los setenta”. *Prismas. Revista de historia intelectual* 3 (1999): 73-93. Web.
- Gilman, Claudia. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2003. Impreso.
- Huezo Mixco, Miguel. *La casa en llamas. La cultura salvadoreña en el siglo XX*. San Salvador: Ediciones Arcoiris, 1996. Impreso.
- Lara Martínez, Rafael. *La tormenta entre las manos: ensayos polémicos sobre literatura salvadoreña*. San Salvador: Dirección de Publicaciones e Impresos, 1999. Impreso.
- Mackenbach, Werner. “El ensayo en Centroamérica: ¿(sub)género literario y/o contribución al estudio de las culturas y literaturas centroamericanas?” *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 12 (2006): s.p. Web.
- Mackenbach, Werner. “Entre política, historia y ficción. Tendencias en la narrativa centroamericana a finales del siglo XX”. *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 5 (2007): s.p. Web.
- Mackenbach, Werner. “¿De la ira al asco? Reflexiones sobre el intelectual-escritor en Centroamérica ‘después de las bombas’ y sus repercusiones en la literatura”. *Centroamericana* 25.2 (2015): 55-77. Web.
- Mackenbach, Werner. “El testimonio centroamericano contemporáneo entre la epopeya y la parodia”. *Kamchatka: revista de análisis cultura* 6 (2015): 409-434. Web.

- Mackenbach, Werner, y Alexandra Ortiz Wallner. "El ensayo centroamericano. Hacia el rescate de un género marginado". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 12 (2006): s.p. Web.
- Miró, Rodrigo. *El ensayo en Panamá. Estudio introductorio y antología*. Panamá: Biblioteca de la Cultura Panameña, 1981.
- Ortiz Wallner, Alexandra. "Narrativas centroamericanas de posguerra: problemas de la constitución de una categoría de periodización literaria". *Iberoamericana* 19 (2005): 135-147. Web.
- Ortiz Wallner, Alexandra. "Ensayar una historia cultural de Centroamérica". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 12 (2006): s.p. Web.
- Ortiz Wallner, Alexandra. *El arte de ficcionar: la novela contemporánea en Centroamérica*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, 2012. Impreso.
- Ortiz Wallner, Alexandra, y Werner Mackenbach. "(De)formaciones: violencia y narrativa en Centroamérica". *Iberoamericana* 8.32 (2008): 81-97. Web.
- Ovares, Flora, y Hazel Vargas. *Trincheras de ideas. El ensayo en Costa Rica (1900-1930)*. San José: Editorial Costa Rica, 1986. Impreso.
- Rodríguez Cascante, Francisco. "Memoria histórica e identidad cultural en el ensayo centroamericano: el caso de Guatemala, las líneas de su mano". *Revista Comunicación* 11.4 (2013): s.p. Web.
- Vásquez, Margarita. "Dicotomías en los ensayos literarios panameños del siglo XX". *Tareas* 118 (2004): 87-99. Web.
- Weinberg, Liliana. "Ensayo e identidad. Dos términos en correlación". *Pensamiento, cultura y literatura en América Latina*. México: UNAM/Plaza y Valdés, 2004. 21-50. Impreso.
- Weinberg, Liliana. "El lugar del ensayo". *CELEHIS-Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas* 24 (2012): 13-36. Impreso.